



**FACULTAD DE PSICOLOGÍA
TRABAJO INTEGRADOR FINAL**

Título: *Apetitos (À petit tous)*: Anorexia y pubertad. Entre el despertar, la metamorfosis, la mariposa y la larva

Modalidad de presentación: Investigación bibliográfica

Autor: Labbé Florencia

Legajo: L-5445/3

Docente responsable: Ps. Yanina Perlo Saenz

Año: 2023
Índice

Resumen.....3

Apetitos (*À petit tous*): Anorexia y pubertad. Entre el despertar, la metamorfosis, la mariposa y la larva.....4

Introducción.....	4
Objetivos.....	6

Primera parte

Crisálida: ¿Despertar de la metamorfosis?.....	7
Aún en cuerpo. Encore/Encorps.....	11

Segunda parte

Anorexias: Nada (s), vacío (s) y falta (s).....	13
Síntoma o estructura ¿Per-Ne-Psi?.....	17

Cierre

Conclusiones.....	20
Referencias bibliográficas.....	23

discusión entre autores con diversos posicionamientos, a partir de desembarcar en una exhaustiva y crítica lectura acerca tales heterogéneos postulados teóricos, que coexisten dentro del psicoanálisis actual. Específicamente exploraremos acerca de la temática de la anorexia; sobre todo nos detendremos en la aparición de la misma en el momento del despertar de la pubertad. De esta manera, llegaremos a profundizar en torno a la metamorfosis o el despertar, léase; del cuerpo, la sexualidad, las identificaciones, los ideales.

Si bien, partimos desde los clásicos del campo psicoanalítico, como son; Freud y Lacan, el trabajo apunta a indagar entre la polifonía de autores contemporáneos, tales como; Abízano (2021), Amigo (2005), Karpel (2021), Recalcati (2011), ya que cada uno arroja su mirada particular acerca de la anorexia. Por un lado algunos, hacen hincapié en el rol central que cumple el Otro materno, es decir, la figura del estrago o la madre como la boca del cocodrilo. Mientras que por otro lado, existen autores que traen a escena la figura del Otro paterno, o sea, en términos de la metáfora paterna.

En síntesis, lo que pretendemos lograr con la presente investigación, es invitar a conocer el gran y diferente abanico de posturas teóricas, ponerlas en tensión y poder reflexionar de forma crítica acerca de ello, pero siempre teniendo en claro el norte de nuestra labor clínica, a saber, la clínica de la singularidad, del sujeto, del uno por uno.

Palabras clave: Pubertad, Anorexia, Cuerpo, Otros.

Introducción

En el presente Trabajo Integrador Final pretendemos poder abordar, a modo de investigación bibliográfica, acerca de la anorexia en la pubertad. Dicho esto y en primer lugar, consideramos a la pubertad como un tiempo estructural de conmoción, debido a que el sujeto se halla en el umbral donde acontecen toda clase de re-escrituras, re-significaciones y re-construcciones; entre otras cosas: de su cuerpo, su imagen, sus identificaciones e ideales, es decir, en ese momento ocurre una *Metamorfosis de la pubertad* (Freud, 1993). Incluso allí sucede el encuentro con lo real de la sexualidad y la falta -la propia y la del Otro-. En palabras de Lacan (2010), sucede el despertar de la primavera, el devenir o despertar de la sexualidad, donde el sujeto además es convocado a utilizar los títulos que lleva en el bolsillo, para poder hacer uso del Nombre del Padre, ya que en ese momento se enfrenta a la posibilidad de, efectivamente, ser padre o madre.

En segundo lugar, cabe señalar que diversos autores contemporáneos han elaborado desarrollos acerca de la anorexia en los últimos años (Correa Vinhal, 2014; Cosenza, 2018). Empero, generalmente la suelen plantear bajo una misma lógica (que de hecho es la más difundida), es decir, la de la relación con un Otro materno que aparecería como completo, sin faltas, y que es quien confunde las demandas con las necesidades y brinda aquella papilla asfixiante al bebé. Entonces la anorexia es considerada como un intento del sujeto de agujerear a ese Otro y poder ser alojado, deseado. Incluso, algunos afirman que la anorexia también sería un modo de rechazar al cuerpo femenino, de la mujer, al cuerpo de madre -es el que puede embarazarse- (Grosser Guillen, 2010).

Por el contrario, Szapiro (2012) logra diferenciarse novedosamente del resto de antecedentes cotejados al articular a la anorexia con la metáfora paterna, y la define como una respuesta singular del sujeto frente a ese momento particular de su vida. Szapiro (2012) la ubica puntualmente en la pubertad.

Ahora bien, ante semejante caudal de procesos, transformaciones, metamorfosis, despertares y porvenires con los que se topa el púber, nos proponemos indagar y generar una discusión entre una serie de autores que abordaron la anorexia en la pubertad: Recalcati (2011), Karpel (2021), Abízano (2021) y Amigo (2005). Consideramos que en estos autores existen postulados heterogéneos, y que dentro de la misma temática conviven diferentes e innovadoras formas de concebir la anorexia.

En términos generales, se expone a la anorexia como un modo de respuesta, recurso o maniobra singular que el sujeto encuentra para poder hacerle frente a los Otros, (léase madre o padre), los cuales podrían aparecer bajo una presentación estragante -madre- o debilitada -Nombre del padre-. Tal es así que, cabe interpelar acerca de, ¿qué pasa con el Otro en la anorexia? ¿Hablamos en términos de estrago materno o de fallas en la inscripción del Nombre del padre? ¿O de ambos? Pensar a la anorexia de un modo o de otro, indefectiblemente, acarreará distintos efectos sobre la práctica clínica, y por ende sobre cómo pensar a aquellos sujetos que se encuentren atravesando por ella.

Asimismo, resulta de vital importancia explorar sobre qué es la anorexia. ¿Es un trastorno? ¿Es un síntoma? ¿Es factible hablar en términos de estructura? Si es así, ¿de cuál?

Además, cabe indagar acerca de cómo se constituye la imagen del cuerpo, y las implicancias de la mirada del Otro sobre la imagen del cuerpo del púber, ya que la anorexia se trata de un conflicto a nivel del cuerpo y de su imagen; el cuerpo anoréxico es un cuerpo extremadamente delgado que se encuentra cercano a la muerte, y a la vez vuelve invisible lo que, de acuerdo al momento vital, sería visible, a saber: los signos y caracteres propios de la sexualidad femenina, por ejemplo las curvas y voluptuosidad del cuerpo, el advenimiento del período, entre otras cosas.

En síntesis, consideramos a la problemática que se investigará como fructífera para la praxis del psicoanálisis actual, el cual se enfrenta a nuevos retos en la clínica de hoy en día, con *las nuevas modalidades de síntomas* (Cosenza, 2018) entre los cuales, se ubica a la anorexia. Sin embargo, siguiendo esta línea podemos encontrar también a las bulimias, toxicomanías, ataques de pánico, angustias masivas, pasajes suicidas, entre otros. Por ende, resulta ser significativa la exposición que pretendemos realizar en la presente investigación, a causa de que no es posible afirmar que exista una teorización unificada acerca de la anorexia -y mucho menos sobre la anorexia en la pubertad-, es por ello que los autores ya mencionados plantean una determinada posición, sin embargo, algunas son tan diversas de la otra que, dependiendo cuál se elija, se acabaría pensando en una sintonía totalmente diferente y por lo tanto las consecuencias de privilegiar una sobre otra conlleva ciertos efectos sobre el trabajo clínico.

Objetivos

Objetivo general:

- Investigar los desarrollos en psicoanálisis contemporáneo sobre la anorexia en la pubertad en Recalcati, Karpel, Abínzano y Amigo.

Objetivos específicos:

- Explorar a la anorexia entendida desde la lógica necesidad-demanda-deseo y el estrago materno.
- Indagar sobre la anorexia en la pubertad entendida como respuesta singular ante fallas en la inscripción del Nombre del Padre.

- Analizar los desarrollos que plantean a la anorexia como transestructural o border. 6

Desarrollo

Primera parte

1. *Crisálida: ¿Despertar de la metamorfosis?*

En primera instancia, es de hartos conocimientos que existe una polifonía teórica tan diversa -hasta incluso opuesta, podría decirse- dentro del campo psicoanalítico, acerca de la anorexia. Esto, en consecuencia, puede llevar a dificultades para el trabajo clínico con dichos sujetos. Debido a que dependiendo de cómo cada analista se posicione, terminará por influir sobre la forma en la que concibe al sujeto y, por lo tanto, la dirección de su cura. Es menester, conocer dicha tensión existente al respecto de la temática para no caer en reduccionismos o binarismos, sino que el caudal de información pueda ser conservado *en el bolsillo* del profesional, para que entre la palabra, el sujeto y la escucha del analista pueda irse hilando artesanalmente la cura singular para él.

En segundo término, en la mayor parte de investigaciones cotejadas se relaciona a la anorexia con la adolescencia, y si bien es cierto que existe un gran número de casos signados allí, de esta manera, no se estaría considerando al momento crucial y de conmoción total -entre otras cosas, del cuerpo, la sexualidad, la identidad- que es el de la pubertad.

No obstante, tendríamos que precisar una diferenciación entre los términos adolescencia y pubertad, para evitar confusiones y poder seguir esta lógica dentro de la presente investigación; debido a que se suele englobar a ambos períodos vitales dentro de uno -o se los encasilla en términos cronológicos-, como si se tratara únicamente de ello. Empero, desde nuestra posición teórica, ubicamos a la adolescencia como un lugar o como un tiempo más bien lógico y subjetivo, el cual puede estar ligado a cierta edad -cronológica o típica de cierto período- o no, pero que tiene que ver con lo más singular, con la manera en la que cada sujeto se ubica allí. A modo de ejemplo, es algo que tenemos al alcance actualmente ya que se puede relacionar con la idea de una adolescencia prolongada o indeterminada, debido a diferentes factores sociales, culturales, económicos, etc. Ciertamente es que, al cumplir un determinado número de años podría considerarse que un sujeto ya no es adolescente, pero ese hecho por sí solo no es un sinónimo indiscutible de dejar de ocupar ese lugar -quizá sí, quizá no-. En cambio, hablar de pubertad, implica ciertos hechos puntuales, donde se entrecruzan transformaciones biológicas, fisiológicas, sociales, culturales y psíquicas; es más cercana a algo del orden de la urgencia, hay algo que brota que erupciona en el cuerpo. En síntesis, ubicamos a la pubertad en medio de estos dos tiempos, a saber el cronológico y el lógico, únicamente para poder separarnos del concepto de adolescencia, pero esto no significa que se reduzca solo a la edad; es un instancia que marca el final de la infancia y el despertar de lo desconocido.

Sin embargo, debemos ser cuidadosos al momento del diagnóstico, por obvias razones. El púber es un sujeto que se encuentra en pleno proceso de constitución de subjetividad, por ende todas las clasificaciones que puedan llegar a hacerse deberían tomarse con pinzas y ser meramente orientativas para la posterior dirección de la cura, es decir, habría que tener en mente que “los diagnósticos en la infancia se escriben con lápiz” (Untoiglich, 2019). Asimismo, Amigo (2005) afirma lo siguiente:

La estructura no pasa durante los tiempos de la infancia y de la adolescencia en un solo acto, como un sello que se le pone sobre la superficie al sujeto a venir, sino que la estructura exige varias vueltas de escritura por los tiempos de la falta (Amigo, 2005, p. 257)

Finalmente, es por todo ello que consideramos de mayor conveniencia poder ubicar la presente investigación dentro del campo de la pubertad.

Ahora bien, siguiendo con lo anteriormente planteado, sabemos que Freud (1993) aseveró que con la metamorfosis de la pubertad adviene el segundo despertar sexual, luego del paso por la latencia, junto con ciertas transformaciones que concluirán en una sexualidad adulta -más o menos- conformada. Es así como la pulsión deja de ser autoerótica para pasar a cumplir una función sexual, o sea, la efectivización del acto sexual, -el autor liga esto a la posibilidad de reproducción-. Además, pone el acento en la parte

7

biológica, fisiológica, haciendo alusión a los visibles cambios corporales y hormonales. Ubicando en primer plano el interés en la genitalidad y en consecuencia la elección de un objeto que esté por fuera de los padres -exogámico-. No obstante, para lograrlo hay que mencionar a la ley de prohibición del incesto y por ende al padre, lo cual podríamos articular con la metáfora paterna de Lacan.

A partir de ello, podríamos pensar que la metamorfosis acarrea una oleada de novedades palpables para el púber con las cuales tendrá que trabajar para poder asimilar estos cambios y poder arribar a una sexualidad ya no infantil sino adulta, donde se repartirán diferentes funciones que deberá asumir, a saber, ser hombre o mujer. Dicha latencia trae consigo por un lado una amnesia infantil, producto de la operación de la

represión, y por otro lado, la conformación de los diques pulsionales o también llamados inhibiciones sexuales, tales como la vergüenza, asco, moral o compasión. De ahí, nos apoyamos en Aberastury (2005) para ahondar en este momento de conmoción menciona que el paso del niño hacia la esfera adulta implica que antes deba perder muchas cosas relativas a su infancia, es decir, se trata de cambios físicos y psíquicos, donde deben crearse nuevas relaciones con el mundo exterior, aunque “Ello sólo es posible si se elabora lenta y dolorosamente el duelo por el cuerpo del niño, por la identidad infantil y por la relación con los padres de la infancia” (p. 15).

Tal y como anticipamos, la pubertad -la autora utiliza la palabra adolescente- implica toda una revolución en los diferentes ámbitos para el sujeto: físicos, sociales, psíquicos; es por ello que resalta la necesidad de realizar un trabajo de duelo para poder procesar dichos cambios. Es decir, el púber comenzará a -de a poco- ir definiendo los roles y posiciones en cuanto a su propia sexualidad ante la abrupta irrupción de esta última y todo lo que esto implica. Resulta sumamente importante lo que la autora marca, ya que resalta el hecho de que el sujeto necesariamente debe amigarse, acomodarse a su cuerpo nuevo. En suma Aberastury (2005) sintetiza: “En una palabra, la única forma de aceptar el cuerpo de otro es aceptar el propio cuerpo” (p. 27). Por lo tanto, todo esto encaja con lo que anteriormente hemos desarrollado acerca de esta etapa de la vida tan particular, a saber, el rol que juega el cuerpo y el Otro dentro de la metamorfosis del púber, junto con el desorden y reordenamiento que esta demanda.

Del mismo modo, Rodolfo (1989) también se encarga de caracterizar este momento vital mencionando que:

Quando el niño deja de ser latente normalizado, dependiente de los padres, sobreviene una crisis de desidentificación que cuestiona profundamente su ser. Crisis encarnada en ese cuerpo que deja de ser el mismo, donde el reconocimiento se vuelve desconocimiento, frente al reaparecimiento del deseo sexual. Ante la constante amenaza de un cuerpo que nunca es el mismo, surge con insistencia un control obsesivo por la talla, el tamaño de los pies, etc. (Rodolfo, 1989, p. 25)

En resumen, se trata de un período de crisis, de tensión con el despertar sexual y del cuerpo, junto con el cambio de las identificaciones e ideales. Sin embargo, esta crisis forma parte de lo esperable en el momento vital, ya que lo importante es cómo el sujeto elabora esa crisis o cómo sale de ella. De esta forma, Lacan (2010), apoyándose en *El despertar de la primavera* de Wedekind, nos plantea lo siguiente:

De este modo aborda un dramaturgo, en 1891, el asunto de que es para los muchachos hacer el amor con las muchachas, marcando que no pensarían en ello sin el despertar de sus sueños (...). Que lo que Freud delimitó de lo que él llama sexualidad haga agujero en lo real, es lo que se palpa en el hecho de que al nadie zafarse bien del asunto, nadie se preocupe más por él. Sin embargo, es una experiencia al alcance de todos. El pudor la designa como lo privado. ¿Privado de qué? Justamente de que el pubis no llegue sino al público, dónde se exhibe por ser el objeto de un levantamiento del velo. (Lacan, 2010, párrs. 1-6)

Es decir, lo que la obra gráfica es justamente este despertar que tienen los púberes, donde se encuentran de golpe frente a lo real, a saber, la sexualidad y la muerte, dos temas que pueden enlazarse a lo traumático ya que resultan imposibles de simbolizar. Es un agujero, como bien marca el autor, un agujero que insiste y a veces angustia; no obstante, es en este momento donde el sujeto no le queda otra opción más que hacerle frente o ver

de qué manera se las arregla frente a este agujero en lo real que irrumpe. Implica el paso de lo endogámico hacia lo exogámico, de lo privado a lo público. Por su parte, Karpel (2021) acebera un dato muy relevante para tener en cuenta ya que anorexia, bulimia y toxicomanía aparecen en relación con la puesta en acto de la sexualidad. O sea, nuevamente el agujero en lo real. Bajo esta línea -es decir, la del cuerpo y la sexualidad-, Karpel (2021) asegura que: “La pubertad acomete como un traumatismo que desestabiliza los anudamientos, como una extranjería que acosa, y puede ser la ocasión para el desencadenamiento del

tormento anoréxico, que se presenta bajo la forma de amenaza en relación al exceso” (p. 73). Ante semejante presentación, el púber se encuentra en plena transformación, por lo que va a requerir de ciertos recursos para tramitar el trauma y para armarse de algo nuevo. Empero, no podrá hacerlo de forma autosuficiente sino que -como todo- necesitará de un Otro que esté ahí, que done su presencia y amor.

Por otra parte, Szapiro (1996) detalla que la pubertad es: “el momento en que un sujeto comienza a tomar la palabra” (p. 43). La autora remarca, entre otras cosas, la puesta en escena de aquellos títulos que el sujeto lleva en el bolsillo y agrega una importante cuestión: la castración del Otro, para que, *apres coup* pueda asumir su propia castración, es decir se enfrenta con una doble falta. Para que luego pueda el sujeto emerger con una palabra propia. Así pues, Szapiro (1996) se encarga de poner en primer plano el asunto del padre en cuanto a su función, y como dato adicional asevera que ciertos rituales que desde tiempos inmemoriales las civilizaciones han llevado adelante. Estos tienen que ver con el orden de la iniciación, se encuentran estrechamente ligados a la función paterna y por ende a la operatoria de la separación, entonces si la primera opera fallidamente, por lo tanto, la segunda también. O sea que, dicha función en tanto fallida o no, es protagonista y lo seguirá siendo más adelante ya que la consideramos clave para sostener uno de los ejes de esta investigación. Más tarde, Szapiro (2008) se encarga de pensar dicha función en nuestros días al caracterizarla como lábil, trayendo consecuencias sobre el sujeto actual. La cual retomaremos más adelante esta cuestión con respecto a los tiempos que corren en nuestra sociedad, donde hay una generalizada declinación del Padre.

Por otra parte, Grosser y Villalobos (2010) acentúan la relación entre la pubertad, la sexualidad y la anorexia de la siguiente forma:

El empuje del desarrollo puberal les transforma el cuerpo. Los impulsos de la sexualidad les resultan atemorizantes. De estos signos de su crecimiento pareciera que insisten en deshacerse. A este propósito contribuye su síntoma, pues por la extrema delgadez, pierden las redondeces de su cuerpo y por los problemas de su mala alimentación dejan de menstruar. Se puede afirmar entonces que de alguna manera logran detener su crecimiento físico. El terror al cambio corporal está centrado en el miedo y el rechazo al cuerpo de mujer, identificado con el cuerpo de la madre y el embarazo (Grosser y Villalobos, 2010, p. 14).

Las autoras realizan una fuerte apuesta al afirmar que la anorexia, es un síntoma que estaría en relación con un rechazo al cuerpo femenino de la mujer y a las posibilidades que este podría realizar. De este modo, no resulta algo demasiado alejado de la realidad, es más, un indicio de ello sería la amenorrea, irregularidades en el ciclo de la menstruación, trayendo consigo en un futuro posibles dificultades en la fertilidad. Ambas cuestiones, en términos generales, son consideradas signos propios de la feminidad. De manera que, la anorexia aparece como un síntoma y como un intento de detener el tiempo en la infancia para no caer en las garras del ideal del Otro, y preservar así su propio deseo.

Por su parte, Zusman (2004) afirma que, la carencia en cuanto a la separación de los púberes acarrea como efecto el hecho de que la libido no pueda ser movilizad hacia otras y novedosas relaciones de objeto, por ende, estas quedan congeladas en tempranas vivencias, o sea, se vislumbra una tentativa de detener o negar el crecimiento y la aproximación de la sexualidad como tal. En pocas palabras, encontramos en diferentes investigaciones ciertos puntos en común en torno a la anorexia y el despertar de la sexualidad, a saber, como un intento de volver a la infancia o detener la misma para no enfrentarse cara a cara a la sexualidad. Entrando en línea con la lógica de necesidad-demanda-deseo y estrago materno.

De todos modos, Recalcati (2011) coincide con los planteamientos anteriores y menciona que, el período donde mayormente se puede observar la aparición de la anorexia tiene que ver con la pubertad, debido a que entra en juego lo real del goce, el cual surge a

partir de las modificaciones corporales propias de este momento y que empujan al sujeto tener que hacer todo un reordenamiento de sus identificaciones, entre otras cosas.

Consiguientemente Recalcati (2011) continúa y afirma que en la anorexia, encontramos un intento de controlar dicha transformación o metamorfosis que sucede en la pubertad, mediante la imagen del cuerpo, aunque -paradójicamente- ya que sus intentos, en vano son, al tratar de gobernar, controlar aquello que por definición es incontrolable, ya que hablamos en términos de aquel agujero en lo real, entonces Recalcati (2011) insiste: “a su manera la anoréxica sufre de una especie de *dismorfofobia estructural* pues el espejo le devuelve siempre una imagen ‘monstruosa’” (p. 126). Ahora bien, la anorexia en la pubertad pone en jaque, como ya hemos visto, la imagen, los ideales, el cuerpo, la sexualidad, las identificaciones; todo esto en estrecha relación con el Otro, sumado a un intento de control sobre aquello que irrumpe y no puede manejar. Razón por la cual el sujeto quedará viciado e inmóvil frente aquella siniestra imagen del cuerpo.

Así mismo, es sabido que Lacan se expresa en relación a dos operaciones que son constitutivas de la subjetividad, la primera se trata de la alienación, donde el bebé aparece como objeto de goce del Otro; mientras que el segundo tiene que ver con la posibilidad de la operación de la separación. Al respecto, Amigo (2005) expresa que: “Se trata de dos enfrentamientos cruciales con lo real del goce” (p. 171), tal y como sabemos, lo real es aquello imposible de ser simbolizado, no obstante, es menester intentar elaborar, recubrir, revestir algo de aquel torbellino que irrumpe desde dicho registro, es decir, poder llegar a un anudamiento entre lo real, simbólico e imaginario, de lo contrario, lo real se inclinará hacia el lado tanático; a modo de ejemplo en la obra *El despertar de la primavera*, uno de sus personajes termina por quitarse la vida, empero no sólo podemos pensarlo en el sentido de la muerte sino también de la anorexia o suicidio silencioso. Por lo tanto el anudamiento de los tres permitiría dar paso a la sexualidad -más o menos conformada

Por su parte, Amigo (2005) acentúa el lugar del Otro para la inscripción de aquel sujeto incipiente, pero sin dejar de mencionar aquel resto -doble- que siempre queda de aquella operación de constitución subjetiva, a saber, el objeto a. Este “deberá ser escriturado en las diferentes cuerdas” (p. 173) para luego atravesar por las operaciones de alienación y separación, para que el Nombre del Padre pueda al fin quedar articulado, trayendo como consecuencia la prohibición del incesto, la función paterna y los emblemas de la futura sexualidad, léase femenina o masculina.

En otras palabras, la autora refiere a la novela edípica donde, en un primer momento, el sujeto contará con aquellos *títulos en el bolsillo* que demuestran aquel resto que no ha sido acuñado por el Otro, y lo ejemplifica con las siguientes escrituras: en lo simbólico S1, en lo real Φ y en lo imaginario $-\phi$, las cuales serán protagonistas en una segunda vuelta o momento edípico, es decir, en la pubertad. Entonces, estas letras le serán demandadas al sujeto cuando se enfrente con el Otro sexo, ante la inminente posibilidad del acto sexual.

No obstante, Amigo (2005) propone dos escenarios posibles. Por un lado plantea que: “de no encontrar el púber al significante unario adecuadamente inscripto como marca de la pérdida de objeto en la significantización, el adolescente se verá impedido de elaborar, al estilo neurótico, ese real y habrá brote psicótico” (p. 176), aunque por otro lado, continúa: “Si los títulos (S1, Φ , $-\phi$) tenían solidez y buenos fondos, habrá entrada en la pubertad con crisis, porque sin crisis no la hay” (p. 176). En resumen, se vislumbran aquellas dos grandes y famosísimas estructuras del psicoanálisis clásico como destino del sujeto. Empero, en la presente investigación pretendemos, por el momento, desprendernos un poco de aquello para dejar abierto a lo contemporáneo, a la novedad, a la pregunta, a la no respuesta a todo, tomar distancia del furor curandis y pensar solo en términos del sujeto, de cada singularidad, para ir construyendo una orientación, una dirección de la cura propia para el uno por uno.

2. Aún en cuerpo. Encore/En corps

En otro aspecto, es conocido dentro del psicoanálisis que cuando hablamos de cuerpo, distinguimos al cuerpo de la biología -el organismo, lo tangible, lo universal, lo natural- del cuerpo que se va construyendo, adquiriendo, transformando -como también ocurre en la pubertad-, y que así como se puede obtener un cuerpo, se lo puede llegar a perder. Empero, no se trata de una autogestión -por así decirlo-, sino que es menester la presencia, las marcas, los lugares -o no- del Otro; un Otro atravesado por el lenguaje -y por ende por el inconsciente-. Es así como Lacan (2008) nos dice que “el significante toma en préstamo el cuerpo” (p. 53). En efecto, Percia (2012) en su prólogo expresaba lo siguiente:

La palabra habita en un cuerpo, el cuerpo en una palabra: Las palabras laten, tienen piel, sienten frío, tiritan, les aprieta el zapato. (...) No hay vida humana sin cuerpo copulando en la palabra. Pero un cuerpo no es mi cuerpo, en cada cuerpo viven todos los cuerpos, en cada palabra todas las palabras. (Percia, 2012, pp. 51-52)

Cuerpo y palabra, de eso se trata. De la misma manera, Lacan (1981) asevera que “lo real, diré, es el misterio del cuerpo que habla, es el misterio del inconsciente” (p.158). Y en otra ocasión Lacan (2007) menciona que: “las pulsiones en cuestión dependen de la relación con el cuerpo y, la relación con el cuerpo no es una relación simple en ningún hombre -además de que el cuerpo tiene agujeros” (p. 146). Es decir, que anticipa que la relación entre el hombre y su cuerpo no es totalmente armoniosa, ahora bien, imaginemos esto en el momento de la metamorfosis. A continuación Lacan (2007) postula que:

Relacionarse con su propio cuerpo como algo ajeno es ciertamente una posibilidad que expresa el uso del verbo *tener*. Uno tiene su cuerpo, no lo es en grado alguno (...) Si al ego se lo llama narcisista, es porque, en cierto nivel, hay algo que sostiene el cuerpo como imagen (Lacan, 2007, p.147)

De hecho, tener un cuerpo implica todo un proceso, nuevamente la pubertad justamente resulta ser de lo más gráfica en este sentido. Debido a que se pone en cuestión todo lo anterior para el sujeto y a partir de esta crisis construir algo nuevo.

Por otra parte, si hablamos de cuerpo debemos hacer mención a la imagen del cuerpo. En ese sentido, Dolto (1986) afirma: “el mediador de estas tres instancias psíquicas (Ello, Yo, Superyó), en las representaciones alegóricas que el sujeto aporta, reveló ser específico. Lo he denominado imagen del cuerpo” (p. 10). La autora trata de diferenciar entre dos conceptos claves, a saber, la imagen del cuerpo y el esquema corporal, donde esta última pertenece a todas las personas como individuos que son parte de una misma especie y sociedad, mientras que la primera, tiene que ver con el orden de lo singular, la historicidad de cada uno, incluso la enlaza con el inconsciente. Y agrega: “*Gracias a nuestra imagen del cuerpo portada por -y entrecruzada con- nuestro esquema corporal, podemos entrar en comunicación con el otro [las cursivas son del autor]*”. (Dolto, 1986, p. 21). Nuevamente, se destaca la presencia del Otro en el (re) armado y (re) constitución del sujeto.

De esta forma, Dolto (1986) se remonta al conocidísimo estadio del espejo de Lacan, para clarificar que este tiene que ver con “una asunción del sujeto en su narcisismo; asunción que permite y recubre el campo de la castración propia del estadio anal y que deja sentir sus efectos más allá, en la realización de la diferencia de sexos” (p. 119). De hecho, la sexualidad como agujero en lo real, como encore o en cuerpo, es aquello que no cesa de no inscribirse en el inconsciente, a consecuencia de ello, el sujeto durante toda su vida deberá tratar de lidiar con los efectos de esto imposible de simbolizar, por esta razón es que se aboga por la idea de una tramitación y creación en miras hacia algo nuevo.

Por otro lado, Karpel (2021) especifica lo siguiente en torno a la anorexia y el cuerpo:

En la anorexia se intenta reducir el cuerpo a un silencio mortuorio. El cuerpo anoréxico se presenta como territorio de una aridez inquietante. Cuerpos planos, blancos, puros,

silenciosos y mortíferos como un desierto siberiano (...) Portan un cuerpo no ficcional, un cuerpo que no se adorna con metáforas; un cuerpo inhóspito, áspero, a la intemperie del

11

Otro, terreno yermo inhabitable de palabras recusadas. Cuerpo mortificado (Karpel, 2021, p. 115)

De igual modo, encontramos un cierto paralelismo con lo siniestro, lo *unheimlich*, en torno al cuerpo del anoréxico. Y sumado a esto vemos en Lacan (1980) la siguiente afirmación: “De qué tenemos miedo nosotros? de nuestro cuerpo” (p. 17); más aún cuando nuestro cuerpo se encuentra en medio de una metamorfosis, miedo, horror, terror a saber acerca de la sexualidad o de la *no relación sexual*. Por su parte, Recalcati (2011) describe a este cuerpo bajo estos términos:

El cuerpo anoréxico viene vaciado de la pulsión y rellenado del Ideal. Es un cuerpo sutil, etéreo, descarnado. Su faz sexual ha sido reemplazada por una geometría aséptica que aplasta todos los relieves y las salientes. Pero no todas...Algo (...) sobresale (...) en el cuerpo algo se muestra, a pesar de todo, heterogéneo al Ideal. (Recalcati, 2011, p. 92)

Asimismo Recalcati (2011) continúa detallando acerca de este cuerpo tan particular, el cual incluso se encuentra íntimamente ligado a la finitud, reta a la muerte, se acerca a ella para despertar en el Otro su amor, para cavar un vacío, una falta en él, de hecho, “elige la invisibilidad para volverse visible” (p. 102). De esta forma, el autor también asevera que se trata de un cuerpo unisex, que no tiene que ver con el realzamiento de la femineidad sino todo lo contrario, es un cuerpo que no está marcado por la distinción sexual. Es decir, que la anoréxica evocará todos sus esfuerzos en intentar hacer de su propio cuerpo un cuerpo a-sexual, que esté por fuera de la diferenciación sexual.

A su vez, Recalcati (2011) ubica lo siguiente en torno a la identificación narcisista de la imagen del cuerpo: “La mirada del Otro que debe poder acompañar el reconocimiento de parte del niño de la propia imagen especular fue una mirada crítica, superyoica y no una mirada simbólica” (p. 109). Por consiguiente, una de las hipótesis del autor radica en esta escena del estadio del espejo, donde al parecer este Otro le devuelve al niño una mueca o directamente el rechazo hacia su imagen y por lo tanto hacia el sujeto mismo. Resulta que la anoréxica, a partir de esta mueca o rechazo, va a intentar potenciar y hacer valer su imagen, otorgándole el poder y centralidad, es así que el sujeto queda sometido a una particular ofrenda “Sacrificio de la carne quiere decir que donde está el significante, como hemos visto, hay un vacío, hay una pérdida de goce”. (Recalcati, 2011, pp. 110-111). Luego dará nombre a ello como la *vía estética de la anorexia*, es decir, el hecho de realzar el valor narcisístico de la imagen para evitar pagar los costes de la castración. Por ello, Recalcati (2011) revela que: “*La escena primaria de la anoréxica se ubica en el espejo [las cursivas son del autor]*” (p. 110). Resaltando así, el peso que tiene la fascinación por la imagen y a que se encuentra anidada con el goce.

Por su parte, Karpel (2021) reafirma la relación que existe entre anorexia e imagen del cuerpo en los siguientes términos: “se chequea incesantemente la imagen del cuerpo, cuestión que delata la profunda inestabilidad de dicha imagen. Hay terror al cuerpo y a lo que en él puede producirse de desamarre, de un exceso que desancla” (p. 76)

Por consiguiente, volvemos a tocar lo siniestro del cuerpo en la anorexia. Karpel (2021) menciona que “lo mortífero se introduce para ellas en la relación con el cuerpo, así como en su plato de comida (...) Hay una dimensión del cuerpo cadáver en la anorexia, cuando ellas se convierten en ‘esqueletos’, ‘en piel y huesos’” (p. 47). Incluso, la autora asevera que, de hecho; en la infancia es sumamente asidua la aparición del fantasma de la propia muerte, y agrega que el sujeto encuentra un goce en aquella escena de autodesaparición.

Por último, Karpel (2021) remarca lo siguiente: “La negativa a participar en el banquete, implica no acceder a la dimensión simbólica de la comida, a lo amoroso en el acto de la comida compartida” (p. 49). Ciertamente, y al igual que hablamos del cuerpo -y su

imagen-, la comida también podría pensarse dentro del universo simbólico y no meramente atada al mundo de las necesidades biológicas o la saciedad, sino como marca la autora, al llamado banquete, pero no cualquiera, sino uno con reglas de la cultura, de la sociedad; es el banquete del Otro, contra el cual la anoréxica lucha permanentemente.

Segunda parte

1. Anorexias: Nada(s), vacío(s) y falta(s)

Si bien recorrimos la anorexia desde el psicoanálisis contemporáneo, resulta interesante conocer su etimología. El término “anorexia” proviene del griego *an* (no, privativo) *orexis* (deseo, apetito); es decir, no-deseo o no-apetito. Por el contrario, dentro de los diversos desarrollos de Lacan acerca de la temática, uno de los eslogan más conocidos es el llamado *deseo de nada*. Aunque también podríamos enlazar esto último a Freud (1985), quien afirma que la negativa hacia los alimentos tendría que ver con una no-apetencia, no por los alimentos sino por lo sexual, debido a cierto paralelismo entre estas neurosis de hambre y la melancolía: “La famosa anorexia nervosa de las niñas jóvenes me parece (...) una melancolía en presencia de una sexualidad no desarrollada (...) Pérdida de apetito: en lo sexual, pérdida de libido” (p. 240). Cabe mencionar que Freud también ha estudiado con mayor profundidad otros casos cuyos síntomas entrarían mayormente en relación a la histeria, por ejemplo el de Emmy Von N. De hecho, es de las teorías más popularizadas que podemos rastrear en la bibliografía freudiana.

Por su parte, Abíznano (2021) se encarga de retomar a Lacan en “*Los Complejos familiares*” del año 1938, donde la anorexia hace sus primeras apariciones bajo el término de anorexia mental como síntoma: “no es un no comer, sino un comer nada (...) Nada es precisamente algo que existe en el plano simbólico” (p. 28). En síntesis, aquí aparece el proclamado lema de “comer nada”, donde Lacan se esfuerza por darle otro estatuto a la nada y desligarla de toda posible pasividad o negatividad. Es una acción el comer nada, “es una estrategia de la cual el sujeto hace uso para condicionar su relación con el Otro” (p. 29).

Del mismo modo, Abíznano (2021) recurre esta vez a otro escrito lacaniano, a saber, “La dirección sobre la cura”, del año 1958, donde se hace referencia al famoso ejemplo de la papilla asfixiante. Podría decirse que a partir de este fragmento es de donde se desprende el mayor caudal de investigaciones acerca de la temática, es decir, la lógica de la necesidad-demanda-deseo, en la cual la figura del Otro materno termina por confundir las necesidades con las demandas, los cuidados primario con el amor; terminando por asfixiar al pequeño con comida, o sea, intentando taponar la falta, mientras no se haga lugar a la falta el deseo no podrá emerger. Es por esta razón que luego se enlaza la figura de la madre como la boca de un cocodrilo que en cualquier momento podría cerrarse, estragando así al sujeto. En efecto, Abíznano (2021) expone: “las perturbaciones a nivel de la imagen en la anorexia están en relación con un horror al saber, es decir, una resistencia a inscribir la pérdida en la imagen” (p. 29). Es decir, se retoma aquello que anteriormente se ha destacado como el horror a saber, en este caso, acerca de su propia imagen, y a la vez esto implica demostrar que hay una turbación a nivel de la falta, de la inscripción de la falta, lo cual termina manifestándose de esta manera.

En suma, vemos cómo el autor recorre dentro de la obra de Lacan diferentes posturas acerca de cómo considera a la anorexia, por ejemplo en base al *Seminario 15*, sostiene Abíznano (2021): “Dicha mención permite establecer una relación dialógica entre la anorexia, la elección subjetiva, las estructuras (neurosis, psicosis y perversión) y su carácter de ‘rareza’, que la declara incompatible e incómoda para la armonía del hábitat materno” (p. 30). Esto último resulta ser sumamente valioso para sostener una de nuestras hipótesis al

respecto del tema, a saber, la imposibilidad de unicidad teórica con respecto a dicha problemática, dentro de una multiplicidad de voces, y la hipótesis que implica pensar a la anorexia, en este caso, bajo la forma transestructural.

Asimismo, Cosenza (2018) brinda su propia definición acerca de la anorexia, acentuando que se trata de un proceso, de un intento de solucionar algo que viene del inconsciente del sujeto y que por lo tanto, si es inconsciente, el sujeto se encuentra implicado aunque no lo sabe. Sumado a que ocurre en el período de la pubertad, esta solución sucede a consecuencia de un problema que se produce al mismo tiempo al nivel de la imagen del cuerpo, la satisfacción libidinal y los vínculos sociales, por ende, todo esto justifica el carácter de traumático.

13

De hecho, este planteamiento encaja con el posicionamiento que pretendemos darle a la investigación, es decir, más allá de los diagnósticos y de las estructuras, pensar en el uno a uno, el caso por caso, la singularidad y la historicidad que hay en cada sujeto con anorexia, considerándola como un intento de respuesta o solución para poder hacer frente a todo el caos que implica esta etapa. No obstante, Cosenza (2018) rescata una distinción entre lo que podría llamarse un síntoma histérico de la anorexia como tal, y menciona que esta última se presenta generalmente “en la forma de un estado egosintónico que no genera la queja de la paciente ni un interrogante enigmático” (pp. 24-25). O sea que la diferenciación estaría, entre otras cuestiones, en la presencia o no de un interrogante acerca del propio padecimiento.

En otro orden, Karpel (2021) continúa su propia hipótesis acerca de la(s) anorexia(s), reparando en una cierta alteración en cuanto a la operatoria de la separación del sujeto. Esto puede ejemplificarse en la clínica, ya que los sujetos insisten permanentemente en la idea de que hay algo en ellos que está de más, incluso llegando al límite de quitarse su propia vida: “se trata de una hemorragia libidinal, inatrapable por la palabra. No hay circunscripción, ni localización; sólo un agujero abierto, un abismo infinito, que las puede llevar desde la absoluta repulsa a alimentarse y reiterados intentos de expulsión” (p. 46). Es decir que, frente al inmenso afán de querer quitarse todo lo que está de más, sin mirar atrás, estarían dispuestas a quitarse su propia vida.

Tal es la martirización del cuerpo que Karpel (2021) se dirige hacia la literatura, donde también aparece reflejado este aspecto, es así como lo expresa De Vigan (2013): “Estrecha demasiado fuerte a ese monstruo interno que se niega a engordar, a ese monstruo ciego, a esa niña también, culpable de no querer crecer más” (p. 67). Nuevamente podemos pensar esto en torno al agujero en lo real que implica la sexualidad, pero a la vez un terror, un horror a querer saber de ella, y por ende un intento desesperado de querer congelar el tiempo y el cuerpo. Es más, Karpel (2021) insiste en que “la anoréxica intenta aplanarse, hacer desaparecer las redondeces del cuerpo, incluso volver al cuerpo infantil” (p. 73). O sea, concordando con lo anteriormente expuesto, hay una especie de resistencia hacia el cuerpo de mujer, el cuerpo femenino, hacia aquel llamado Otro sexo, la inquietud, incomodidad e incluso repulsión que siente la anoréxica hacia ello.

En contraparte, lo que pretende hacer la anoréxica es construir un pseudo o falso saber que resulta tranquilizador, ya que siente que tiene el control sobre su cuerpo. Karpel (2021) agrega: “Es la soledad donde se libra un encarnizado combate, fanatismo en el dominio del cuerpo, que hace del hiato un agujero a colmar, al llenarse de nada, positivizando la falta” (p. 82). Es decir, ignorando la división subjetiva. Es por ello que, aunque se esfuerce por dominarlo, es justamente el cuerpo el que se presenta como lo indomable, como el espectro de lo *unheimlich*. A esto podríamos sumarle otro aporte de Karpel (2021) con respecto a los seres hablantes en torno al cuerpo de la mujer, debido a que menciona que resulta ser un enigma, “ya que el cuerpo de la mujer porta y condensa lo enigmático de lo femenino, aquel exilio inherente al ser parlante” (p. 101).

Del mismo modo, continuando con lo propuesto por Karpel (2020), “hay un obstáculo a la incorporación del Otro, que se pone en juego en rechazar la comensalidad. Las anoréxicas cierran la boca, el alimento se les torna insoportable” (p. 263), poniendo en primer plano a su vez un rechazo del cuerpo femenino, sexuado, el cuerpo voluptuoso y en cierta medida un rechazo hacia el Otro, es por ello que anteriormente se hacía mención al banquete o la mesa del Otro, que es el lugar donde la anoréxica no quiere estar y se retira a comer en soledad, su nada tan preciada. Paradójicamente la anoréxica lucha constantemente entre rechazar y no rechazar al Otro debido a que, así como decide no participar de su banquete, al mismo tiempo mantiene al Otro constantemente en vilo a través de su mirada, es decir, que el Otro tiene un papel sumamente relevante para la trama de estos sujetos.

Acercas de la presentación clínica de estos pacientes, Correa Vinhal (2014) advierte que mayormente se trata de púberes, pero destaca que se muestran acompañadas por sus madres; son púberes que se encuentran vivenciando este complejo pasaje de la niñez a la sexualidad adulta, hacia la feminidad. Incluso, la autora postula que esta fusión madre/hija

14

es continuada más allá de los primeros momentos de vida, donde el Otro materno es el sostén fundamental para la supervivencia del infans. “Habría de esta forma una ausencia de límites y barreras en la relación dual, en muchos casos con la presencia de una madre intrusiva” (Correa Vinhal, 2014, p. 8). En resumen, el posicionamiento que toma la autora se inclina bastante hacia la ya citada mirada de Lacan en “La dirección de la cura”, donde el rechazo a los alimentos funciona como una especie de barrera, límite -o de palo en la boca del cocodrilo- para evitar el avance total del Otro sobre el sujeto, en síntesis, esto coincide con la lógica de necesidad-demanda-deseo.

En otro aspecto, Amigo (2005) diferencia entre, por un lado, la anorexia como un recurso más -entre otros- de la histeria, donde la estructura psíquica es claramente la neurosis; mientras que, por el otro, denomina a la *anorexia vera* de la siguiente manera “no psicóticas, no perversas, no histéricas” (p. 128). Incluso enfatiza el hecho de una mayor agudeza del cuadro, debido a que el sujeto únicamente encuentra como recurso el no comer para encontrar una falta en el Otro, para mantener su mirada en permanente vigilia sobre aquel cuerpo que limita entre la vida y la muerte. De hecho, la autora sostiene su teorización a partir del fantasma, para ello retrotrae al ya mencionado fantasma de la propia desaparición, es más, afirma que este se trata de un primer paso para llegar a construir el fantasma como tal, no obstante, destaca que si aquella fantasía infantil es la primera, luego se esperará que aparezca un segundo, un tercero, y así sucesivamente hasta poder arribar al fantasma normal. Por consiguiente, Amigo (2005) asevera que la anoréxica se encuentra bajo una posición de amo, ya que exige y fuerza la falta en el Otro al costo de su propia carne, de su vida. Y aunque “una mujer delgada es linda, pero un cadáver no suscita la elección erótica” (p. 138), es así como se esfuerza por mantener aquel deseo sin importar el fatal precio que esto tiene para ella. Al fin y al cabo, lo que parece ocurrir es que la anorexia, jugando con el Otro acerca de su propia finitud, irónicamente termina por caer en su propia trampa tanática, y a su vez, en el camino despojándose de toda posible insinuación erótica.

En otro aspecto, Recalcati (2011) ubica a la anorexia junto con la bulimia y afirma que se trata de un fenómeno, de esta manera se conforma el “discurso anoréxico-bulímico y que ordena en algún sentido la relación del sujeto con el Otro” (pp. 35-36). Como agregado, el autor aborda la temática en base a tres ejes, a saber, discurso, estructura y fenómeno. Además, decide no utilizar el término trastornos de la alimentación sino que se refiere mayormente a la anorexia-bulimia en base a concebirlas como posiciones subjetivas; de esa manera, la dirección de la cura apuntará principalmente -y como debería ser en todos los casos- a la escucha singular de cada sujeto. Tal es así que Recalcati (2011) remarca la inconsistencia ilusoria de abordar esta problemática bajo paradigmas conductuales, que buscan una reeducación del apetito para recuperar el aparente equilibrio que se ha perdido,

en términos de una alimentación sana: “Pero el hambre está en la cabeza. Y no puede ser arreglada, ajustando la función del apetito” (p. 50). A fin de cuentas, Recalcati (2011) afirma que la anorexia para el sujeto representa un símbolo propio, un nombre, una identificación y un ideal al cual poder alienarse.

Antes bien, Recalcati (2011) aclara que “la anorexia no hace síntoma para el sujeto -y este dato se presenta sobre todo en las anorexias infantiles, puberales o adolescenciales porque es índice de un malestar que no concierne al sujeto, sino al Otro” (p. 188). Dato no menor el que nos aporta el autor, ya que no debemos olvidar que la presente investigación aborda a la anorexia desde el momento de la pubertad, es decir, una etapa aún incipiente del sujeto en cuanto tal, donde constantemente se encuentra construyéndose. A su vez, Recalcati (2011) describe al fenómeno bajo los términos de *pasión por el vacío*, es decir, se refiere al vacío en el sentido ontológico. “Aquel vacío que el sujeto lleva en sí mismo desde el origen (...) Aquel vacío que abre en el sujeto una falta radical, incolmable” (p. 38). A decir verdad, el autor remarca una especie de ambivalencia del vacío ya que, por un lado, se trata del vacío constitutivo del sujeto, es su condición existencial; por otro lado, también podríamos literal y gráficamente hacer mención al vacío del estómago.

Por otra parte, Recalcati (2011) retoma la cuestión del banquete, y menciona que la anoréxica renuncia a la mesa del Otro, empero, ella se sentirá expulsada por el Otro, como

15

Judas, “porque imputará siempre al Otro la causa de su mal. Y se transformará en un esqueleto viviente para hacérsela pagar al Otro, para chantajear su voluntad, para extorsionar al Otro, de cuyo amor se sintió privada” (pp. 33-34). Como vemos, se repite este juego en donde la anoréxica intenta mantener siempre al margen al Otro, poner una cierta distancia, por ejemplo, con un incumplimiento de las reglas de la comensalidad. Sin embargo, sería un desacierto creer que realmente alguien, un sujeto, pueda comer en absoluta soledad, sin un Otro, el Otro del lenguaje, de la sexualidad, del inconsciente. De este modo, Recalcati (2011) plantea que la anoréxica entra en relación con el Otro de forma tramposa, con un truco: “*hacerse la muerta* para no encontrar la letalidad -esta sí verdaderamente mortificante- del significante. El truco es no desear nada. (...) Hacerse la muerta para el Otro (...). Para evitar el deseo del Otro [las cursivas son del autor]” (p. 77). Al fin y al cabo, Recalcati (2011) nos recuerda que existe un goce en la comida, ya que al comer se come también al Otro, al vacío, al fantasma, “Anorexia y bulimia no son distorsiones del apetito sino más bien un modo de recuperar el vacío de la Cosa, el vacío -imposible de comer- del fantasma del seno” (p. 47).

Seguidamente, este autor desarrolla acerca del deseo en la anorexia y lo denomina de una forma muy particular, a saber, deseo de larva. No obstante, remarca una aparente contradicción, y aclara que en el deseo, de hecho, no hay nada larval, no tiene que ver con la inacción. Recalcati (2011) clarifica que “la larva es un inicio de vida, pero que no es todavía vida. Es la ausencia de deseo. Es una condición de no-deseo” (p. 68). Es decir, se trata de una condición previa al deseo como tal. Más adelante, Recalcati (2011) expone que “la anorexia es una operación para el deseo por la supervivencia del deseo, pero también la aniquilación nirvánica del deseo. Es un *nihilismo del deseo*. Son estos dos extremos del discurso anoréxico [las cursivas son del autor]” (p. 77). Nuevamente marca la ambivalencia casi pendular que parece tener el deseo en la anorexia, y como consecuencia esta depauperación lenta del deseo. De todas formas, Recalcati (2011) insiste y amplía la cuestión de la larva afirmando que se trata de un ser parásito, en línea de pensarlo por el lado de la oralidad: “De este modo, la vitalidad del deseo es reemplazado por el parasitismo de la larva. La anoréxica se mantiene firmemente amarrada al Otro” (p. 68).

No obstante, Recalcati (2011) también delinea su postura en torno a la obsesión de la anoréxica por el control riguroso y excesivo, y por ende, por cómo esta lógica termina desembocando en el cuerpo muerto en vida. De lo que se trata es de un intento “de darle reglas a la contingencia real del cuerpo sexuado y de sus transformaciones en relación al

deseo del Otro, o de tratar de encauzar una voluntad de goce del Otro que parece no tener límites, que se presenta como sin reglas” (pp. 89-90). Justamente, frente aquel agujero en lo real el cual despierta disruptivamente en la pubertad, frente a lo no sabido o el horror a saber acerca del cuerpo sexuado, “la anorexia-bulimia es entonces una maniobra de denegación de la castración como principio normativo que instituye la diferencia de sexos. (...) Un cuerpo indiferente a la diferencia de sexos. Es el cuerpo del Uno. Un cuerpo recubierto del Ideal” (p. 121). En consecuencia, si hablamos del cuerpo no debemos dejar de lado la mirada del Otro, a esos ojos que miran. Nuevamente, Recalcati (2011) afirma que tanto la pulsión oral como la escópica portan un papel principal en la trama de la anorexia, sobre todo en cuanto a la mirada, además de la mirada que se posa sobre aquel cuerpo huesudo, aparece la mirada sobre el plato de comida, el plano lleno de nada, y continúa “no es la boca que demanda sino la mirada” (Recalcati, 2011, p. 107).

Por último, Recalcati (2011) transmite una hipótesis bastante radical con respecto a los anteriores autores:

Un goce que gravita en torno a algo que emerge de la resaca del cuerpo-delgado como un objeto misterioso e inquietante. (...) se convierte en objeto fetiche: *plus-de-ver* que anula el vacío de la castración. Porque la anoréxica quiere dominar el vacío. (...) Su rasgo perverso consiste en cambio en mantener vacío el vacío y en gozar de esa excavación operada sobre el cuerpo. (...) Así la búsqueda y el hecho de palpar el hueso apuntan a cubrir fetichísticamente la ausencia del falo. (Recalcati, 2011, p. 122)

En suma, deja abierta la posibilidad de hablar de perversión en la anorexia o de al menos un rasgo perverso en ella; cuestión en la que lógicamente no nos detendremos por

16

razones de extensión de la presente investigación, sin embargo, no queríamos dejar pasar este asunto para al menos hacer mención y aludir así a la tan diversa polifonía teórica y de hipótesis que coexisten con respecto a la anorexia en el psicoanálisis actual.

2. Síntoma o estructura ¿Per-Ne-Psi?

Hemos desarrollado acerca de la pubertad, el cuerpo y la anorexia; ahora bien, ¿de qué hablamos cuando hacemos referencia a esta última? ¿Se trata de un síntoma? ¿Un trastorno? ¿Una estructura? Si es así, ¿de cuál? O en cambio, ¿debemos pensar a la anorexia en términos de una estructura nueva, o como una especie de border? ¿Se trata de una consecuencia del estrago materno? O por otra parte, ¿hablamos de cierta falla en el Nombre del Padre?

Lógicamente no pretendemos responder a estas y otras interrogaciones más, igual de válidas, o al menos no podremos quedarnos con una única respuesta cerrada como si fuera una verdad totalizadora, ya que esto implicaría ir en contramano al psicoanálisis y su ética. No obstante, el espíritu de esta investigación se basa en poder exponer las diversas tensiones teóricas que existen sobre un mismo tema; en suma, es menester poder tomar conocimiento acerca de dichas disidencias.

Advierte Recalcati (2011): “Pero la anoréxica, como vimos, no se puede reconducir completamente a la histeria” (p. 220). Sería un pensamiento reduccionista intentar encasillar a la anorexia únicamente bajo una etiqueta estructural u otra. Es más, si consideramos a la anorexia como un modo de respuesta del púber ante toda su metamorfosis, sumado al factor del Otro -ya sea madre o padre-, sería válido cuestionar, por ejemplo, qué otras respuestas podrían aparecer. Obviamente, el diagnóstico para la clínica es sumamente importante, ya que puede orientar la dirección de la cura; sin embargo el faro que debe guiarnos es la subjetividad, la singularidad de cada discurso e historia. La anorexia puede presentarse de tantas maneras posibles como sujetos anoréxicos existan, no obstante, podemos hablar de ciertos rasgos estructurales pero siempre pensando en el marco del caso por caso y tomándolo como una cuestión preliminar o meramente orientativa.

De hecho, Abíznano (2017) propone hablar de la anorexia en términos de trans-estructural. “Desde la teoría lacaniana de la anorexia mental y la bulimia deben ser pensadas fenoménicamente y no como estructuras (...) deben ser pensadas en tanto expresiones fenoménicas que podemos encontrar en cualquiera de los distintos tipos clínicos” (p. 21). Por lo tanto, es factible que nos encontremos a la anorexia en una neurosis, en una psicosis o en una perversión. Empero, nunca debemos olvidar que estamos trabajando en el terreno de la pubertad, por ende, la estructura como tal tampoco estaría cien por ciento acabada. En estos términos Amigo (2005) enfatiza que la pubertad es el momento en el que el sujeto púber debe encontrar aquellos títulos que tiene guardados o no en su bolsillo, para poder hacer frente a toda esta oleada de transformaciones, particularmente cuando se topa de frente con la figura del Otro sexo. Es decir, en la pubertad más que nunca el sujeto intentará encontrar en el Otro -materno o paterno- alguna respuesta acerca de aquel agujero en lo real que irrumpe, es decir, la sexualidad.

Incluso, Recalcati (2011) sostiene que en Lacan existen dos versiones acerca de la anorexia, por un lado, presentada como apetito de muerte, y por otro, como un intento de separarse del Otro para sostener así el deseo. No obstante, el autor percibe una contradicción entre ambas si las pensamos de manera conjunta. En consecuencia, resulta muy importante sostener ambas versiones, más allá de esta aparente contradicción teórica ya que termina por reforzar nuestra hipótesis. La clínica es la del uno por uno, la de lo más singular del sujeto, es decir, no se trata de eliminar una de las dos versiones para trabajar de forma más tranquila -de alguna manera-, sino de guardarlas en el bolsillo -como los títulos del púber-, hasta que el propio discurso del sujeto sea el que se oriente para un lado, para el otro, o hasta quizá se mantenga en la oscilación del entre.

Ahora bien, Recalcati (2011) expone acerca del Otro en la anorexia lo siguiente: “Un Otro que se ocupó de asistirlo pero omite de ceder junto a la comida el propio deseo, el

17

propio amor” (p. 54). Por lo tanto en la anorexia se pretende hallar la falta del Otro, es por ello que se coloca en el otro extremo del amor, es decir, en la nada, ella come y desea nada. O sea, lo que autor afirma se puede fácilmente relacionar con la lógica acerca del trípode necesidad-demanda-deseo; donde ante un Otro materno que no da lugar a la falta y por ende al deseo, la anorexia es una forma de mantener esa falta a modo de vacío, con el hecho de comer -o desear- nada. En palabras de Recalcati (2011), “es una posición subjetiva que en la anorexia, tiende a mantener el espacio de frente a un Otro materno invasor, que confunde constantemente la diferencia constitutiva entre deseo y necesidad” (p. 64). El autor profundiza sobre esta tesis de la madre como la boca de un cocodrilo: “Esta imagen personifica el fantasma (...) de una madre insaciable, aterrorizadora, fagocitadora” (Recalcati, 2011, p. 78). Es más, continúa enfatizando dicha imagen con el siguiente relato ejemplificador:

En la fábula de Hansel y Gretel encontramos una declinación particular de este fantasma del Otro devorador: para no arriesgar de ser devorado por el Otro maligno, el pequeño Hansel muestra al Otro el propio cuerpecito privado de sustancia todavía demasiado delgado, no comestible. Utiliza un palo engañoso que el otro confunde con el cuerpo real. Es esta la estrategia defensiva de fondo de la anorexia respecto al Otro devorador: hacerse no apetecible, espinosa, hecha solamente de huesos, para no correr el riesgo de ser devorada (Recalcati, 2011, pp. 78-79)

En efecto, encontró el paralelismo justo entre aquel cuento infantil y la anorexia. Cuando aquella figura monstruosa termina de devorar a su hija es cuando el deseo femenino y la mujer terminan siendo eliminados por el gran peso de la figura de la madre y su deseo. Es más, el autor caracteriza esta trágica y ambivalente relación en términos de amor-odio, entre hija y madre, haciendo referencia al particular momento preedípico de la niña. En suma, Recalcati (2011) se atreve a relacionar a esta madre estragante, que no reconoce la ley, con la toxicomanía y la bulimia, afirmando que “son oposiciones subjetivas alternativas a la vía edípica” (p. 136), en las cuales el Otro materno desempeña un rol

principal. Se encuentra así un punto importante de conexión entre diversos fenómenos clínicos muy actuales.

Por su parte, Karpel (2021) expone un fragmento de su clínica en torno al Otro en la anorexia:

Una adolescente anoréxica dice que no habla porque cada vez que va a decir algo, la madre no la deja hablar, termina la frase ella. Se pregunta cómo sabe su madre lo que ella quiere decir, lamentándose de que siempre mete su bocadillo. Es en función de esto, que esta jovencita decide cerrar su boca. Para no quedar aplastada en la demanda materna, para tallar un resto en esta madre que siempre tiene algo para decir. Ella no se come sus "bocadillos" y cerrar la boca ha sido su recurso. (Karpel, 2021, p. 66)

En resumidas cuentas, en la anorexia se trata de una especie de defensa, una barrera, un palo en la boca del cocodrilo para evitar la total absorción, desaparición. Por otro lado, Karpel (2020) reafirma que en la anorexia se encuentra con una especie de resistencia, rechazo o muro hacia la feminidad, que tendría que ver con un rechazo del ya mencionado horror a saber. Es decir que la anoréxica se encuentra en medio de una difícil batalla, tratando de defenderse de la boca del cocodrilo para no ser devorada, pero también se defiende de la posibilidad de ella misma convertirse en mujer, es decir, resistencia hacia la feminidad.

Por otra parte, Cosenza (2018) profundiza acerca de las nuevas formas del síntoma, aludiendo a este decaimiento o carencia de la ley paterna, simbólica, acentuando su crisis dentro del discurso social actual, "y las denominadas nuevas formas del síntoma se presentan como construcciones sintomáticas que unen, a la búsqueda de un goce sin límites, una precariedad, cuando no incluso un rechazo, de la función simbólica en la existencia" (p. 30). Los tiempos que corren son los tiempos de lo inmediato, lo efímero, lo fugaz, lo pasajero, donde pareciera que la única ley certera ya no fuera la paterna sino la de esta época donde todo es posible, y lo imposible parece estar obturado, acompañado bajo el imperativo de "¡goza!".

Por otro lado, Szapiro (2012) desarrolla novedosamente otra apuesta acerca de la anorexia, particularmente en la pubertad, que es cuando el sujeto se confronta con el deseo

18

del Otro, y frente a la chance de poder ser madre o padre, es decir, es llamado a utilizar los títulos que lleva en el bolsillo, o sea que es aclamado para poder servirse del Nombre del Padre. Szapiro (2012) afirma que "la respuesta anoréxica de un sujeto da cuenta así, de una falla en la escritura del Nombre del Padre" (p. 726). En resumen, cabe destacar el hecho de que aunque se hable en términos de falla, ello no implica correr el eje decididamente hacia la psicosis, aunque comúnmente se suele asociar de esta forma. Empero, la visión que pretendemos sostener en este escrito tiene que ver justamente con lo contrario a cerrar etiquetas sino con poder pensar en el amplio abanico de posibilidades y abrir cada vez más las hipótesis y posibilidades de intervención con respecto a la anorexia y por sobre todo, la anorexia en la pubertad.

Asimismo, Recalcati (2011) plantea que hay un defecto en la inscripción de algo dentro de la metáfora paterna o, en todo caso, algo que se inscribió de una forma muy débil, aunque "no se trata necesariamente de una forclusión del Nombre del Padre sino más bien de una debilidad en el ejercicio de la función ordenadora respecto al deseo de la madre" (p. 86). En otros términos, lo que el autor evoca es sumamente relevante, ya que el hecho de que aparezca una falla o defecto en la metáfora paterna no implica que entremos de lleno en el campo de la psicosis. Antes bien, debemos recordar siempre que estamos ubicando a la anorexia en la pubertad, por tanto, no podemos hablar de una estructura consolidada, acabada, sino todo lo contrario, en permanente destrucción y reconstrucción.

Aún así, enfatiza Recalcati (2011) que "concierno entonces a la anorexia como 'invención' subjetiva operar esa separación del Otro que la acción normativa del Nombre del Padre debería facilitar" (p. 87). Es decir, la anorexia como un invento, un recurso que intenta suplir, bajo la forma de cadaverización del cuerpo, aquella deficiencia paterna. De hecho, el

autor insiste en demostrar que la importancia tiene que ver con el fenómeno, lo fenomenológico y no tanto con la estructura. “Esta carencia (que no es una ausencia) puede constituir una vía de acceso especial a la cuestión clínica del *borderline*” (p. 177). Por consiguiente, Recalcati (2011) advierte acerca de la clínica border, no una nueva estructura, (es decir, agregándole una pata más al trípode Per-Ne-Psi), debido a que estamos hablando de una muy específica posición del sujeto que tiene que ver con la ya mencionada labilidad de la metáfora paterna, y que esto último tampoco es signo de considerarla como una psicosis.

Por último, Recalcati (2011) continúa en esta línea su hipótesis, donde menciona que actualmente la clínica se encuentra plagada de este tipo de presentaciones, donde la característica en común tiene que ver con la metáfora declinada, y despliega su idea bajo el término de “holofrase”, donde advierte que el sujeto no se encuentra dividido sino al contrario, se halla en una identificación al significante amo, estilo de la holofrase. Concluye Recalcati (2011): “La droga y el alimento no funcionan como objetos efectivamente separadores. No hay transición entre el sujeto y el Otro; el sujeto queda holofrasizado por el Otro” (p. 179). Si bien el autor se extiende mucho más en esta hipótesis, conviene mencionarla pero no podremos abordarla en su totalidad.

Para finalizar, debemos volver hacia los planteos de Amigo (2005), quien profundizó acerca de la clínica de los bordes, la cual se caracteriza por “el fracaso de la constitución del fantasma, por detención del fantasma en su tiempo narcisista (esto es, oferta del cuerpo entero, de su propia desaparición) sin poder avanzar a la parcialización del objeto” (pp. 139-140). De esta forma, asevera la autora que el don del falo va a habilitar la introducción de un marco sobre los objetos de la pulsión, y que de lo contrario “se produce el fracaso del fantasma. Al no contarse con el fantasma, el objeto, oral por caso, carecerá de enmarcamiento y de brillo agalmático” (Amigo, 2005, p. 141). Es así la autora define a la anorexia como una falla sistemática en el fantasma.

En resumen, su postura acerca de la anorexia tiene que ver con lo que denomina como el fracaso en la constitución fantasmática, en donde entran en juego aquellos títulos que el sujeto púber lleva o no en su bolsillo, y por supuesto, todo ello en el marco del Otro y en la diversas maneras con las que finalmente el sujeto podrá responder y arreglárselas -o no- en su forma singular.

Conclusiones

A la postre, en la presente investigación bibliográfica se ha intentado realizar un recorrido acerca de la anorexia en la pubertad, considerando las tensiones y cruces teóricos entre diversos autores que coexisten dentro del psicoanálisis actual. En consecuencia, resulta de suma importancia poder conocer dicha polifonía, para de esta forma, tratar de evitar dificultades o reduccionismos a la hora de ejercer la práctica clínica debido a que dependiendo de cómo cada analista se posicione terminará por influir sobre la forma en la que concibe al sujeto mismo y por lo tanto la dirección de su cura; empero, conocer no es sinónimo de elegir entre una opción u otra; sino que la intención de la presente investigación es justamente percatarse de la tensión existente al respecto de la temática, para no caer en binarismos, sino que el caudal de información pueda ser conservada “en el bolsillo” del profesional, para que entre la palabra el sujeto y la escucha del analista pueda irse hilando artesanalmente la cura singular para él.

Sin embargo, la cuestión diagnóstica, requiere por obvias razones, de una suma cautela. Debido a que el púber es un sujeto que se encuentra en pleno proceso de constitución de subjetividad, por ende todas las clasificaciones que puedan llegar a hacerse deberían “tomarse con pinzas” y ser meramente orientativas para la posterior dirección de la

cura, es decir habría que tener en mente que con lápiz deben escribirse los diagnósticos (Untoiglich, 2019). Así mismo Amigo (2005) nos recuerda que la estructura no es algo que suceda de una vez cuando estamos en el campo de la infancia, pubertad o adolescencia. A propósito de esto último, nos encargamos de plasmar una definición de pubertad con la cual poder trabajar a lo largo del desarrollo.

Verbigracia, lo que la obra “El despertar de la primavera” de Wedekind (1891) grafica gira en torno justamente este famoso despertar que tienen los púberes donde se encuentran de golpe frente a lo real, a saber, la sexualidad y la muerte, dos temas que pueden enlazarse a lo traumático ya que resultan imposibles de simbolizar, es un agujero como bien marca el autor, un agujero que insiste y a veces angustia; no obstante, es en este momento donde el sujeto no le queda otra opción más que hacerle frente o ver de qué manera se las arregla frente a este agujero en lo real que irrumpe. Recordemos que, uno de los pilares que sostienen nuestra clínica tiene que ver con lo que Lacan ha desarrollado en el Seminario 20 bajo el eslogan de: la no relación sexual, es decir, que se trata de un agujero que imposible de llenar, de controlar, por tanto, el sujeto con ayuda -o no- de sus Otros deberá buscar y construir alguna respuesta o solución ante semejante caos y torbellino en el que se encuentra inmerso desde que su metamorfosis despierta.

Así pues, diversos autores comienzan a desarrollar sus hipótesis acerca de la anorexia y la pubertad, algunos (Karpel, 2021; Recalcati, 2011) en torno al horror o fobia hacia el propio cuerpo en tanto sexual; mientras que otros autores (Grosser y Villalobos, 2010; Zusman, 2004) consideran que se trata de un intento de detener el tiempo del desarrollo o de regresar hacia aquellos tiempos más tempranos de la vida, junto con rechazo más específico dirigido hacia lo femenino y lo materno.

Por tanto, no podemos negar que ante semejante revolución que experimenta y sufre el púber, su propio cuerpo se le presenta emparentado con lo siniestro, lo *unheimlich*, con aquello que tanto se esfuerza -en vano- por querer gobernar, controlar, bordear o llenar, es decir, aquel agujero en lo real. Es por ello que, el despertar tiene algo de traumático, como algo que viene de golpe a desajustar todo aquello que ya se tenía ajustado -más o menos-, adviene algo que tiene que ver con el orden de lo extraño, lo extranjero, por lo tanto, resulta necesario realizar todo un trabajo, un proceso, un duelo en términos de Dolto (1986), para poder inventar, crear algo nuevo que sea propio y singular, pero sin dejar de lado al Otro y mucho menos a la historia, es decir, a poder armar un relato propio, una identidad, un cuerpo propio.

Con respecto a la pubertad y su metamorfosis, al igual que el célebre cuento *La Metamorfosis* de Kafka (1915), el foco se encuentra en la transformación corporal. La

20

pubertad sumada con la aparición de la anorexia, donde lo que sucede particularmente con el cuerpo es un intento de dominación, de control; de alguna manera, a partir del rechazo a la comida, por ejemplo, podríamos pasar por otra reconocida obra de Kafka (1924) donde expone de la siguiente manera:

¿Por qué suspender el ayuno precisamente entonces, a los cuarenta días? Podía resistir aún mucho tiempo más, un tiempo ilimitado; ¿por qué cesar entonces, cuando estaba en lo mejor del ayuno? ¿Por qué arrebatarme la gloria de seguir ayunando, y no sólo la de llegar a ser el mayor ayunador de todos los tiempos, cosa que probablemente ya lo era, sino también la de sobrepujarse a sí mismo hasta lo inconcebible, pues no sentía límite alguno a su capacidad de ayunar? (Kafka, 1924, párr. 7).

Todo esto, en alusión al insaciable apetito por la nada que tiene la anorexia, donde el cuerpo se transforma en una sombra, un conjunto de huesos y líneas rectas. Asimismo, podríamos traer a colación, por un lado un poema de Borges donde menciona “Estoy solo y no hay nadie en el espejo” (1933), y por otro lado una canción de Spinetta que dice “Si quiero me toco el alma, pues mi carne ya no es nada” (1982). Para graficar la relación tan árida y mortífera de la anorexia con respecto a su cuerpo y la imagen del mismo. De la

misma manera, podríamos pensarlo con otra canción, que dice así: Soy el único que te mira a los ojos. El único que está contigo cuando estás solo. El que sabe lo que es estar en tu pellejo. Mírame cuando te hablo, habla tu espejo (...) Sin razón de ser más que ser tu escondite. Solo existo para que me necesites (El cuarteto de Nos, 2014, Habla tu espejo)

De esta forma, se refleja justamente esta relación tan ambigua y devota que mantiene a todas las miradas sobre lo que refleja aquel cuerpo, al mismo tiempo, refleja aquello que día tras día se vuelve cada vez más invisible, a saber, el cuerpo del anoréxico se autofagocita, se eliminan las curvas, los rellenos, aquello que está de más, y solo van quedando líneas huesudas, un cuerpo cadaverizado que se encuentra, muchas veces, más cercano a la muerte que a la vida.

A fin de cuentas, hemos desplegado acerca de la pubertad, el cuerpo y la anorexia; ahora bien, al inicio dejamos plasmadas una serie de interrogantes con el ánimo de mantenerlos abiertos y que sirvan para seguir pensando y reflexionando acerca de esta temática. Debido a que la intención que subyace en la presente investigación se trata de conocer y divulgar las diferentes tensiones teóricas que existen sobre un mismo tema; en suma, es menester poder tomar conocimiento acerca de dichas disidencias para poder nutrir constantemente nuestro campo teórico y clínico a partir de debates y críticas en torno a ello, para que luego cada profesional en su práctica pueda tomar una posición propia al respecto, sin embargo, antes debería justamente percatarse del amplio y diferencial espectro de teorizaciones acerca de la anorexia. Es fundamental, en miras hacia el futuro, pensar en un psicoanálisis en permanente actualización y revisión; la anorexia es sólo uno de los desafíos, entre muchos, con los que la clínica actual se enfrenta. Sin ir más lejos, podemos pensar en la bulimia que se encuentra muy emparentada con la anorexia, pero que por claras cuestiones de extensión no es posible abordar en la presente investigación.

Es más, si consideramos a la anorexia como un modo de respuesta del púber ante toda su metamorfosis, sumado a el factor de el Otro -ya sea madre o padre-, sería válido seguir cuestionando acerca de; por ejemplo, ¿qué otras respuestas podrían aparecer?, ¿podríamos incluir al suicidio?, ¿los pasajes al acto, los actings out, toxicomanías, ataques de pánico, angustias masivas, etc?. Obviamente el diagnóstico para la clínica es sumamente importante ya que puede orientar la dirección de la cura; sin embargo ¿dónde queda el límite para esto?, ¿qué sucede con las nuevas formas del síntoma o las patologías del acto?, ¿cómo intervenir sin caer en una lógica estigmatizante o patologizante -que objetaliza al sujeto-?, sin duda continúan siendo interrogantes interesantes para seguir indagando en el futuro.

A modo de ejemplo, Laurent (2018), a partir de la filosofía de Heidegger acerca de los caminos boscosos reflexiona de la siguiente manera:

Nosotros, psicoanalistas, nos ocupamos de los caminos que recorre el bosque del cuerpo,

2

1

quemado por el encuentro con el goce. Este síntoma, que es aquello con lo que el sujeto cuenta, es al mismo tiempo lo más propio y lo más ajeno. Para cada uno, el síntoma es esa cosa suya, que le habla, pero desde otro lugar. (Laurent, 2018, p. 3)

En suma, la anorexia puede presentarse de tantas maneras posibles como sujetos anoréxicos existan, no obstante, podemos hablar de ciertos rasgos estructurales pero siempre pensando en el marco del caso por caso y tomándolo como una cuestión preliminar y agregaremos a ello que, por su puesto en la pubertad y adolescencia también debería pensarse así, como algo en permanente revisión y construcción.

Para finalizar, no es menor poder hacer mención a la efeméride propia de la temática sobre la cual hemos desarrollado en la presente investigación, a saber, el 30 de Noviembre se conmemora de manera internacional el día de la lucha y prevención contra los Trastornos Alimenticios.

Referencias Bibliográficas

Aberastury, A.;Knobel, M. (2005). *La adolescencia normal. Un enfoque psicoanalítico*. Ediciones Paidós Ibérica SA. Barcelona

Abinzano, R. (2017). *Anorexia y bulimia como posibles coordenadas nosológicas*

suplementarias en la obra de Sigmund Freud. Período 1886-1900. IX Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXIV Jornadas de Investigación XIII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Abinzano, R. (2021). *La anorexia mental en la enseñanza de Jacques Lacan (1958-1973)* XIII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXVIII Jornadas de Investigación. XVII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. III Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. III Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Amigo, S. (2005). *Clínica de los fracasos del fantasma*. 2a ed. Homo Sapiens Ediciones. Rosario

Blanchot, M. (2012). *Prólogo de M, Percia en La palabra analítica*. Buenos Aires. Ediciones La Cebra.

Borges, J. (1933). *Sábados*. Recuperado de: [Sábados, por Jorge Luis Borges | Poéticous: poemas, ensayos y cuentos \(poeticous.com\)](#)

Correa Vinhal, W. (2014). *Anorexia y bulimia en la adolescencia: Un enfoque psicoanalítico*. Editorial UCES - Editorial de la Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales.

Cosenza, D. (2018). *El muro de la anorexia*. Edición digital: RBA Libros,

S.A. De Vigan, D (2013). *Días sin hambre*. Anagrama. Buenos Aires.

Dolto, F. (1986). *La imagen inconsciente del cuerpo*. Buenos Aires. Paidós

El cuarteto de Nos (2014). *Habla tu espejo en el álbum "Habla tu espejo"*

Etimología de Chile. Recuperado de [ANOREXIA \(dechile.net\)](#)

Freud, S. (1985). *Manuscrito G. En Obras completas, volumen III*. Buenos Aires. Amorrortu Editoriales

Freud, S. (1993). *Tres ensayos sobre teoría sexual. Metamorfosis de la pubertad*. En Obras completas, Tomo VII. Buenos Aires. Amorrortu Editoriales

23

Grosser Guillen, K. (2010). *Anorexia: Un conflicto entre la niña y la adolescente. La adolescente y su espejo*. Revista Electrónica "Actualidades Investigativas en Educación", vol. 10, núm. 2, mayo-agosto, 2010, pp. 1-17 Universidad de Costa Rica San Pedro de Montes de Oca, Costa Rica

Kafka, F. (1915). *La Metamorfosis*. Recuperado de: [1587.pdf \(biblioteca.org.ar\)](#). Biblioteca

virtual. 2003

Kafka, F. (1924). *Un artista del hambre*. Recuperado de: [Un artista del hambre - El Buen Librero](#). 2020

Karpel, P. (2018). *Anorexia y bulimia, un goce que no se cocina*. En *Memorias X Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXV Jornadas de Investigación XIV Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR*. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires

Karpel, P.; P. Berger, A., Lejbowicz, J., Racki, G. Anuario. (2020) *Lo extraño en la anorexia*. Facultad de Psicología - UBA / Secretaría de Investigaciones / Anuario de Investigaciones / volumen XXVI.

Karpel, P. (2021). *El cuerpo como enemigo de la anorexia*. Maestría en Clínica Psicoanalítica en Universidad General San Martín Instituto de Altos Estudios Sociales.

Lacan, J. (1980). *La tercera*. En *Actas de la Escuela Freudiana de París*. Barcelona.

Petrel. Lacan, J. (1981). *Seminario 20: "Aún"*. Buenos Aires. Paidós.

Lacan, J. (2007). *Seminario 23: "El sinthome"*. Buenos Aires. Paidós.

Lacan, J. (2008). *Seminario 4: "La elección de objeto"*. Buenos Aires.

Paidós. Lacan, J. (2010). *El despertar de la primavera*. Buenos Aires,

Manantial.

Laurent, E. (2018). *El extranjero íntimo en Lacan Cotidiano N° 770, sección de artículos*. Biblioteca de la Escuela de Orientación Lacaniana.

Recalcati, M. (2011). *La última cena: Anorexia y bulimia*. 1a ed. 2a reimp. Del Cífrado. Buenos Aires

Rodulfo, R. (1989). *El adolescente y sus trabajos*. Conferencia dictada en la Escuela Argentina de Psicoterapia para graduados. Buenos Aires, Argentina

Spinetta, L. (1982). *Barro tal vez en el álbum "Kamikaze"*

Szapiro, L. (1996). *Acerca de la pubertad y la adolescencia*. Registros Dsicoanálisis y adolescencia, Libro Verde.

Szapiro, L. (2008). *Ritos de iniciación y Nombre del Padre*. En *Elementos para una teoría y clínica del fenómeno psicósomático*. Buenos Aires: Grama.

Szapiro, L. (2012). *Anorexia y pubertad*. IV Congreso Internacional de Investigación y

Práctica Profesional en Psicología XIX Jornadas de Investigación VIII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Untoiglich, G. (2019) *En la infancia los diagnósticos se escriben con lápiz: La patologización de las diferencias en la clínica y en la educación.*

Zusman, L. (2004). *Los desórdenes de la alimentación: Una lectura psicoanalítica. Tesis de grado en Pontificia Universidad Católica del Perú*